

Reseña de:

ERWIN PISCATOR.- El teatro político, Hiru, Hondarribia, 2001

Por Juan Pedro García del Campo (publicado en *Quimera*)

Supongamos un director de escena que, al margen de las consideraciones estéticas al uso, sostiene explícitamente que el teatro tiene que ver con la vida y no tanto con el “arte”. Supongamos un director de escena que, más allá de semejante declaración de principios, materializa en su actividad una práctica explícitamente inserta en la vida y explícitamente cargada de un punto de vista político. Supongamos además que esa práctica teatral origina una de las más prodigiosas revoluciones en el ámbito escénico y artístico; supongamos también que ese director de escena tiene tan claros los motivos de la singularidad de su trabajo como para atreverse a exponerlos y teorizarlos: hemos descubierto a Piscator.

El teatro político, el libro que Erwin Piscator escribiera en 1929 recogiendo (y teorizando) sus experiencias de una década en el ámbito político del teatro, no por casualidad, empieza con un capítulo que se titula “del arte a la política”, y cuyas primeras líneas dicen: “Mi cronología empieza el 4 de agosto de 1914. Desde entonces sube el barómetro: 13 millones de muertos. 11 millones de inválidos. 50 millones de soldados movilizados. 6.000 millones de tiros. 50 millones de metros cúbicos de gas.”

La primera guerra mundial, efectivamente, supuso para Piscator, como para tantos otros intelectuales y artistas, una cesura respecto del mundo anterior: fue tal el horror del conflicto que, tras él, ya nadie podía seguir soñando el mundo como armonía. Así, si desde principios del siglo XX se habían sucedido experiencias en el ámbito artístico que pretendían romper con la “naturalidad” de las corrientes establecidas de pensamiento estético, a partir de 1914 esa ruptura no puede ya ser pensada por más tiempo como simplemente “artística”: tanto en la forma en que ese distanciamiento se aborda cuanto en la temática en que se articula, es la mirada al mundo lo que está en juego: algo que tiene que ver directa e inmediatamente con la vida. Las “vanguardias artísticas” de aquella postguerra no lo son ya tanto en nombre de la belleza como en nombre de la forma de la mirada, en nombre de un posicionamiento ante el mundo y ante los acontecimientos que lo sacuden. Tras un estallido bélico que muestra el fondo in-humano del orden del mundo, las vanguardias vienen a situar la producción artística fuera de los marcos “estéticos” del arte, en un terreno en el que la humanidad y su articulación vital y social están en juego: el arte no tiene ya nada que ver con ningún tipo de “absoluto” (Dios o la Belleza); es trabajo simbólico, sobre materiales simbólicos, que produce efectos simbólicos: es discursividad cargada de sentido que, a su vez, carga de sentido el mundo.

Con todo, y también en los años que siguen a aquella primera Gran Guerra, se produce un renacer de las preocupaciones “estéticas” que marcan la separación definitiva en dos campos enfrentados en el ámbito de la producción intelectual y artística y, también, una recomposición del terreno en el que se mueven las distintas vanguardias: tras la guerra no sólo han podido contarse los muertos, los inválidos, los disparos y los metros cúbicos de gas, sino que también se han despertado determinadas esperanzas sobre el cambio del mundo, y se han abierto líneas reales de actuación con una clara incidencia histórica. En Rusia una revolución ha triunfado. En Alemania, una revolución ha sido intentada y, aunque derrotada, sigue presente como anhelo en buena parte de la sociedad y en muchos de sus artistas e intelectuales.

Desde 1921 está claramente abierto un nuevo campo de batalla (en el arte como en la sociedad misma) en la Alemania de postguerra: los que dirigirán su actuación a favorecer la revolución social y terminar con el sistema capitalista (los comunistas) encontrarán enfrente a los defensores del orden social y político. En el terreno del arte, estas posiciones son ocupadas respectivamente por una vanguardia comunista, de la que Piscator forma parte, y por una vanguardia “burguesa” que reformula en términos de estética su propia práctica artística (en términos de belleza, en términos nuevamente “absolutos”: negando la directa determinación social y política de la producción simbólica), componiendo, pues, su ruptura con el “arte” como mera cuestión de “forma” o “estilo”.

Frente a la opción del regreso (artístico) al orden, *El teatro político* viene a constituir la reivindicación de aquella manera de entender el arte (el teatro) que lo considera como una actividad de y para la vida y, en este sentido, es uno de los lugares en los que es posible encontrar en funcionamiento una concepción materialista del arte y de la producción simbólica que (al margen también de obras polémicas posteriores) no cae en la trampa de dejar reducida la disputa a términos formales: porque el materialismo ha negado siempre los absolutos y ha atendido, más que a la forma o al estilo, a la especificidad de los efectos generados por la actividad simbólica y discursiva. En este sentido, la obra de Piscator es un documento de primer orden, tanto por las experiencias que narra cuanto por la perspectiva que permite aprehender a través de ellas: un arte vivo para la vida; un arte que, por serlo, se pone al servicio de la revolución.

La edición que la editorial Hiru ha publicado hace además total justicia a Piscator y a su tiempo, al impedir toda reducción “cronológica” de lo que sin duda supone una apuesta política en el arte: al recoger, en diversos apéndices y “materiales”, textos escritos por Piscator después de la segunda guerra mundial (incluso el año mismo de su muerte), no sólo se salda una deuda de reconocimiento con uno de los más grandes “creadores” de la escena moderna sino que se aprecia hasta qué grado el punto de vista que articuló su actividad siguió las mismas direcciones durante toda su vida. *El teatro político*, en esta nueva edición preparada por César de Vicente Hernando (que además de fotografías y otra información gráfica incluye una completa bibliografía en la que aparecen todos los artículos escritos por Piscator, además de un listado completo de los montajes escénicos que realizó, ordenados cronológicamente), es, más que nunca, un texto imprescindible. Su publicación es, por eso, un verdadero acontecimiento literario.